

por un trasporte de alegría, le pagó la hechura con plata sonante;—pedía que se lo trajesen para golpearlo; arrojó sapos y culebras por su boca colérica, y juró y volvió á jurar que cuando amaneciera acusaría al hojalatero de fraude y estafa; por todas estas bravatas, que eran proferidas de bastidores adentro, Marina se desternillaba de risa y Xóchitl lloraba de lo mismo; el apuntador también soltó el trapo á reír; todo lo cual sacaba de quicio al director que mandaba á donde el diablo soltó las botas á comediantes y comedias, y maldecía de armaduras y hojalateros; el encargado del telón al ver á don Hernando en situación tan crítica, aunque pasaba por poco avisado, fué más caritativo: soltó la cuerda y el telón cayó rápido; entonces los músicos, rientes todavía, tocaron de memoria una danza para sofocar la grito del público que pedía frenético: ¡¡Otro!!..... ¡¡Otro!!..... ¡¡Otro!!..... como si fuera cosa de repetirse el suplicio de un Hernán Cortés aherrojado con hojalata y silbado en una que esperaba hacerla gloria teatral eterna.



XXII

Bailes de Cruz



IVA el padrino!.....

Y la danza suena en los pitos y las palmadas en las manos y el vocerío en mil bocas llenas de regocijo.

Los músicos vuelven á la interrumpida danza y las parejas prosiguen el baile, llenando toda la sala con sus movimientos y sus sonrisas, y los espejos con sus figuras gentiles y sus prendidos galanos.

El padrino, designado por una medalla colgada al cuello como dogal de coyunda de que no podrá librarse, á su vez pone la cinta á la joven de su gusto que se encuentra en la fiesta..... vuelve la concurrencia á vitorear á la madrina, tocan diana los músicos, gritan los espectadores y bailantes, y vuelve á reanudarse la danza.....

Estos bailes se denominan «bailes de cruz», porque anual-

CAPITULO V. FERIA

mente se celebran por Mayo, cuyos primeros días dedica el rito católico al culto de la Cruz; antaño, en la misma sala de baile se levantaba un altarito y en él se ponía una cruz, toda ella adornada con profusión de flores y de luengos coloridos y perfumados rosarios hechos de *virsiúchiles*; hoy sólo subsiste la costumbre del baile por esta época, con el propio nombre, pero falto de altaritos resplandecientes y de *virsiúchiles* floridos; en cambio, acuden muchas parejas y la sala se adorna de una manera especial que, las más de las veces, resulta vistosa y casi elegante: en las puertas y ventanas se cuelgan cortinas de punto con pájaros y flores labradas en la misma tela; las de las puertas, abiertas en la parte media, están recogidas de los extremos inferiores y sostenidas por cintas anchas á unos garfios de metal llamados agarraderas; las de las ventanas van recogidas del medio en caprichosos pliegues, con cintas y flores en el lugar del frunce; en las blancas paredes se colocan cuadros, éstos suelen ser de prestado ó alquilados á precio no muy alto, bien pertenecientes á alguna barbería, ó bien á dueños de casa particular que gustan de tener cuadros litografiados con figuras alegóricas ó mitológicas, y que no se desdeñan de alquilarlos; también algunos espejos de altas y límpidas lunas llenan los claros que dejan los cuadros; á lado y lado de cuadros y espejos van unos recipientes de barro cocido y pintados al rojo caliente, conteniendo flores frescas y lozanas de una variedad de colores y con una más variada fragancia de perfumes que alegran la vista y llenan de aromas el recinto de la fiesta; la sala se halla circuida en sus dimensiones por sillas puestas unas en seguida de otras, interrumpiéndose solamente la sucesión en las puertas de entrada; en esas sillas toman asiento las bailadoras; la *recámara* queda destinada para las mamás y para las tías que á guisa de guardianes celosos vienen siempre á la zaga de las pollas; el comedor se reserva para los músicos, el cual lo ocupan todo con atriles, con instrumentos, con cachivaches y con sus personas, que, aunque pocas, suelen ocupar grandes lugares, por ser los filarmónicos un tanto dados á la comodidad, para estar á sus anchas des-

pués de las tocadas y en tiempo de los registros, tiempo largo y fastidioso para bailarines impacientes y para espectadores curiosos; afuera, en el patio, está la cantina, debajo de un toldo de lona que cubre gran parte para preservar á los concurrentes del relente nocturno y de uno que otro chaparrón, que no es aventurado caiga por esas noches.

Estos bailes son, al par que pintorescos, divertidos: las muchachas concurren vestidas de colores muy claros en las enaguas y en las pañoletas, con el cuello y los brazos desnudos, cubierta parte de la espalda y todo el seno por un pañuelo de crespón ó seda, puesto sobre los hombros y doblado de puntas encima del redondo pecho; cabello entrenzado, con cintillo lustroso prendido de flores; bien calzadas de los pies, y en todas sus personas una gracia ingenua y un donaire muy luciente que las hacen majestuosas y regias á pesar de tan sencillas galas; los bailadores, por lo riguroso de la estación, van en mangas de camisa blanquísimas y planchadas; con pantalón blanco también, adornado por banda de color chillón que ciñen á la cintura, bien liada y con airosos pliegues, zapatos bayos, y en el bolsillo el lastre de algunos pesos para andar seguido por el escollo de la cantina del patio, y en ella ser obsequiosos y liberales y pródigos, que de todo son tratándose de regalar á las muchachas á la hora en que los músicos callan, los pies descansan y las bocas se desatan á charlar con un jacarear y con una cháchara de pájaros que forman la algarabía y el contentamiento de estas fiestas.

El corredor donde el baile se sucede está atestado de gente curiosa y picotera, de gente que se estruja, atropella y murmura del prójimo mientras los de adentro se divierten; es aquel un cerco de multitud alborotadora y locuaz, en donde se conjuntan y departen viejas y muchachos, jóvenes y sentonas, no obstante que el policía, con una gravedad de cancerbero, está apostado en la puerta, engréido como quien está seguro de que su presencia casi olímpica impedirá el desmán y la insolencia de la gente de afuera; esta ristra de espectadores entra en murmullos y en murmuraciones cuando

la música cesa; y son viejos y viejas quienes llevan la batuta en el corrillo:

—Oye, tú, Matiana, ¿cuándo en mi tiempo, *verdá?*

—¡Ya lo creo! *Entonce nacá de coñás, ni de bermís, ni ñaca* que raja la tripa, sino purita agua loja *mú frejca, jorchuta* que sabía á leche y *rojquete y soletaj*.... . hora con la *condená cervesa* y otros *menjurje, tóo ej* embolar-se y.....

—*Ej verdá* ..... *Miáa* aquella.... . la del moño *coloráo*..... ha *comio má* pavo que yo en veinte *noche güenas* buñuelos.....

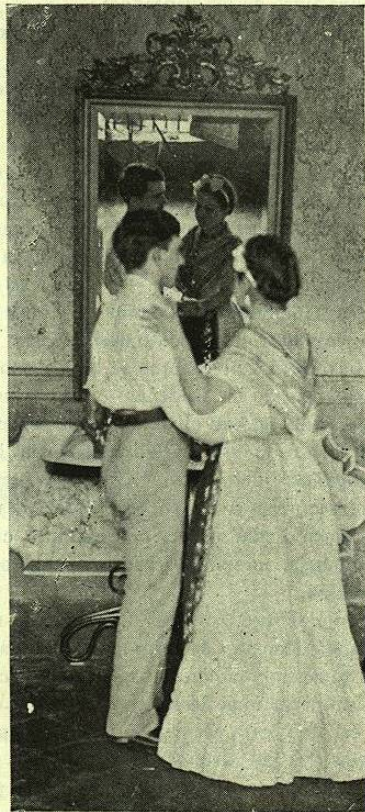
—Y esa *vigilia* que *está* junto al *espejo*..... *já; já! já!*.... . *jí! jí! jí!*..... *pué* que barruntará la *mú*..... *indina* que la van á sacar á bailar!..... No sacan á las pollas *contimá* á una vieja tan dura de pelar....

—No hay ni un bailarador en la sala; pero *vé* á la cantina y *veráj*: *cervesa* por aquí, *coñá* por allá; y *ansina* trincan y *jalan* y se embolan; y las *probes* muchachas aquí solitas en la sala como si *ejlo* fuera velorio y no bailoteo y jarana....

Y las notas juguetonas de un wals vinieron á terminar con el barullo de aquella gente.

Los bailaradores entran á borbotones en la sala: cada quisque va en solicitud de su pareja: ésta la tiene comprometida aquélla ha cedido todos los wals al maestro de escuela; la de más allá no baila wals porque le da jaqueca, alguno—bailador empedernido—no encontrando pareja moza apechuga con la vieja, blanco que fué de las murmuraciones de la chusma ventanera; una veintena de parejas se lanzan al son del wals en un rápido y prolongado rodeo: unos bailan menudito y de lo más bien cernido y reposado; otros á saltos como cabriolas; otros brincan en la sala con gran ligereza de pies y soltura de cuerpo; quienes tripudian arrebatadamente, saltando y bullendo de entre las parejas; cuales andan volando á la redonda, sin un instante de reposo; tales bailan con gestos alegres y mudanzas cómicas que se ufanan con mirarlas al espejo: pero todos saltan alrededor de la sala y la coronan con sus agitados giros, moviendo los pies

como plumas y volviéndose á uno y otro lado con gallardía y presteza; terminada la música, quedan empapados de sudor, con las ropas mojadas y las lenguas secas, sofocados del propio modo que si se hubieran entregado á un ejercicio penoso en vez de á un placer recreativo; pero para estos tras sudores está el abanico en las manos de las mujeres y el pañuelo en las de los hombres; vuélvese á quedar escueta de bailaradores la reunión: las mujeres charlan entre sí contándose mil reservadas confidencias—que en cualquier otro momento serían fruslerías, pero entonces se les antojan cosas de tino y peso;—que si Fulano declaró en la primera danza su atrevido pensamiento á Mengana; que si Zutano dió un fuerte pisotón á Fulana al bailar la penúltima pieza; si éste baila ligero y aquél pesado; y así se cuentan estas y aquellas futilidades para matar el tiempo hasta que los jóvenes, con bandejas y copas y vasos y botellas y bizcochos, vienen á obsequiar á las bailadoras, las cuales, por temor á



los dieres de los concurrentes á puertas y ventanas exteriores, acaso si humedecen los labios en los bordes de las copas, y apenas si toman la puntita de un bizcocho; pero allá se desquitarán con creces de esta abstinencia pasajera cuando con cualquier pretexto vayan á la recámara, donde las mamás tienen buen acopio de vituallas para repartir á aquel batallón de bailadoras bloqueadas por la husma de los murmuradores de las ventanas.

Es costumbre terminar estos bailes con la aurora; para que así suceda, los concurrentes á la fiesta están muy atentos en obsequiar á las mamás y tías con una largueza de potentados; porque unas y otras son las conductoras de las indispensables parejas; y á fe que son perspicaces; pues todo es que una tía comience por pedir el *pañó*, que ya todas las mamás se ponen en movimiento queriendo levantar del campo á dos ó tres pimpollos; y en yéndose una, parece que han tocado á la desbandada: todas imitan el ejemplo—que aquí sucede ser mal ejemplo—y la sala se queda desierta de parejas y los bailadores dados á Satanás y los mirones á todas las habladurías de gente desocupada.

Las últimas piezas que se bailan son danzas—el baile por excelencia de las costeñas—y es costumbre, cuando se baila esta pieza, que en el momento de hacer la figura llamada cadena, se robe alternativamente cada bailarador la respectiva compañera del que se enfrentará para la cadena; suceden con esta práctica no pocos risibles chascos, tales como bailar marido con mujer, pretendiente calabaceado con moza desdeñosa, enemigo irreconciliable con no menos jurada enemiga.

Sin embargo, como es natural, esto no impide que de los « bailes de cruz » salgan algunos noviazgos que muchas veces se resuelven con la bendición del cura en la vicaría.

Tan divertidas fiestas son á menudo de subscripción, otras de escote y rara vez de bóbilis bóbilis; pues hay muy contadas gentes que les guste gastar sus dineros para que otro baile la novia y la divierta; con todo y ello, el padrino queda obligado, desde que le cuelgan la cinta del pecho, á dar el siguién-

te baile, y á regalar—por lo menos—á la madrina que designó una banda de raso con largo fleco y muy adornada de guirnaldas y lentejuelas: esta prenda la lucirá la madrina; toda la noche de la fiesta como típico distintivo del padri-nazgo; de cualquiera manera que se vea, son estos bailes llamados de cruz, nota alegre y característica del terruño, no sólo por la época en que se celebran, sino también por la particularidad ostensible del traje de las parejas, que blancas y sonrientes y bulliciosas parecen bandada de palomas en campo esmaltado de flores.....



CAPITULO V. FERIA